

Ningún ciudadano medieval se sentiría sorprendido por la sordidez de las representaciones artísticas del momento. Lo macabro como fuente de inspiración cultural e iconográfica fue una constante en toda la Europa medieval en los siglos XIII al XV.

El gótico negro

JAVIER CABALLERO CHICA

Los propios temores interiores del ser humano han contribuido a la representación impregnada de vehemencia dentro de un territorio acotado por las leyes doctrinales, que servían, a su vez para una fuerte evangelización, muchas veces inmoral y dañosa para la propia evolución marginal del hombre, inmerso en la lucha por encontrar la verdadera creencia.

La andadura nociva donde comienzan a manifestarse los primeros contactos maliciosos la tenemos en el *Ducento*. En los siglos posteriores el mundo depravado y anómalo será una constante. La muerte, manifestada en su último escalón como algo sintomático cargada de celos y neurosis, se convertirá en todo un símbolo relacionado con lo esotérico.

La descomposición más salvaje, el perecer de una manera cruel, el deceso más blasfemo y la putrefacción acompañada de sus inseparables caminantes de recorrido, los gusanos, serán los protagonis-

tas. Se apoderarán de sarcófagos, retablos, óleos, cenotafios, esculturas, tímpanos, capiteles, arquivoltas...

«EL PODER NEGRO SE APODERA DEL ARTE»

El luminoso clasicismo se desvanece para dejar paso a un inmovible y frío goticismo, que se presenta ileso ante el extinto pasado de sus predecesores.

El sentimiento que despierta todo este tipo de representaciones es de desasosiego, intranquilidad y, en cierta medida, asustan e intriga. Bien es cierto que la representación de un difunto no es una tarea jovial y en la mayoría de los casos sería difícil salir ileso ante tales aniquilamientos. Sin embargo, se roza la morbidez. Ante lo incisivo de un marchito extinto se consigue un verdadero homicidio artístico.

Serían innumerables los ejemplos que podríamos mostrar. *El libro de Horas* de María de Navarra, el de Juan Rodríguez de Fonseca, capiteles con encuen-

tros de vivos y muertos, el *Salterio* de Robert de Lisle, el de Bonne de Luxembourg, etcétera, etcétera. La lista sería interminable. La muerte está presente en cada iglesia, en cada casa, en cada libro, en cada ser, en cada célula. No se puede mostrar un comportamiento frívolo ante tal cantidad de perniciosos duelos. Pero sí banalizar la propia animadversión que puede producir el fenecer. Lo realmente mórbido es lo que viene después, con unos resultados cáusticos que pueden doblegar a toda una Sociedad. Un nuevo Reino, cargado de estupor, se aliaba con el poder religioso. Un latente mecanismo donde el terror psicológico generalizado tendría su arma arrojada más poderosa en una acción tan antigua como es el morir. El mostrar cuerpos desarmados, calaveras consumidas y despojos humanos, no deja de ser un estrépito espiritual donde la propia conciencia se manifiesta como una piltrafa insolitaria, viendo cómo la necesidad, encabezada por la chusma, se adueña de los más hondos sentimientos.



Una mujer burguesa es invitada por la muerte a bailar su danza.

«La muerte se convertirá en todo un símbolo relacionado con lo esotérico»